

gusto de lo suntuoso, de lo difícil y de lo raro había reemplazado al sentimiento de la belleza ingenua y sana. En cuanto á la estatuaria, se aprovechó también de los progresos de la técnica: gracias á esos progresos, pudo, en lugar de reproducir tipos sintéticos y hasta



Báculu de cobre esmaltado, obra de Limoges.

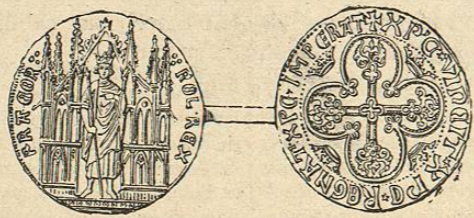
cierto punto convencionales, intentar la reproducción de los individuos vivientes. El contacto con la vida la salvó del amaneramiento. Y este arte, entonces francés por excelencia, se rejuveneció, vigorizado por nuevos destinos. La evolución se venía preparando de antemano, ya lo hemos visto: «la inquietud del retrato» en la estatuaria monumental se acentúa insensiblemente desde la catedral de Reims á Saint-Urbain de Troyes, á la catedral de Burdeos y á la portada de los Libreros. Se ha comparado frecuentemente, para oponerlas, la Virgen todavía ideal de la puerta Sur de la fachada de Amiéns y la Virgen de la Puerta Dorada de la misma catedral, que presagia, ya entonces, el triunfo del «naturalismo»: las Vírgenes un poco pesadas, bonachonas y burguesas de los talleres franco-flamencos del siglo XIV, y sus parodias involuntarias, las Vírgenes maritornes de los talleres alemanes. Cuando el movimiento naturalista se dibujó netamente, la estatuaria se separó de la ordenanza arquitectónica. Los «imagineros sepulcrales» crearon el monumento funerario, en que la imagen del difunto es la pieza principal y que por sí solo constituye un conjunto completo. Bajo Felipe el Hermoso y sus hijos, estos artistas formaban ya en París una corporación poderosa. Se conservan en Saint-Denis gran número de estatuas en mármol de Flandes y del Hainaut, talladas por los más antiguos panteonistas franceses, hennuyeses y flamencos residentes en París; son las primeras obras maestras de la estatuaria propiamente dicha, independiente de la arquitectura y bastándose á sí misma. Citemos las estatuas de los reyes de Francia (desde Felipe el Atrevido); la de Carlos de Etampes († 1326), procedente de los Franciscanos; las de Luis de Francia, conde de Evreux († 1319), y de Carlos de Valois († 1325), procedentes de los Jacobinos; la de Catalina de Courtenai (¿ó de Mahaut de

Artois?), procedente de Maubuisson, etc. Las tumbas de Haymón, conde de Corbeil, y de Matifas de Bucí († 1304) están todavía en Saint-Spire de Corbeil y en Notre-Dame de París.

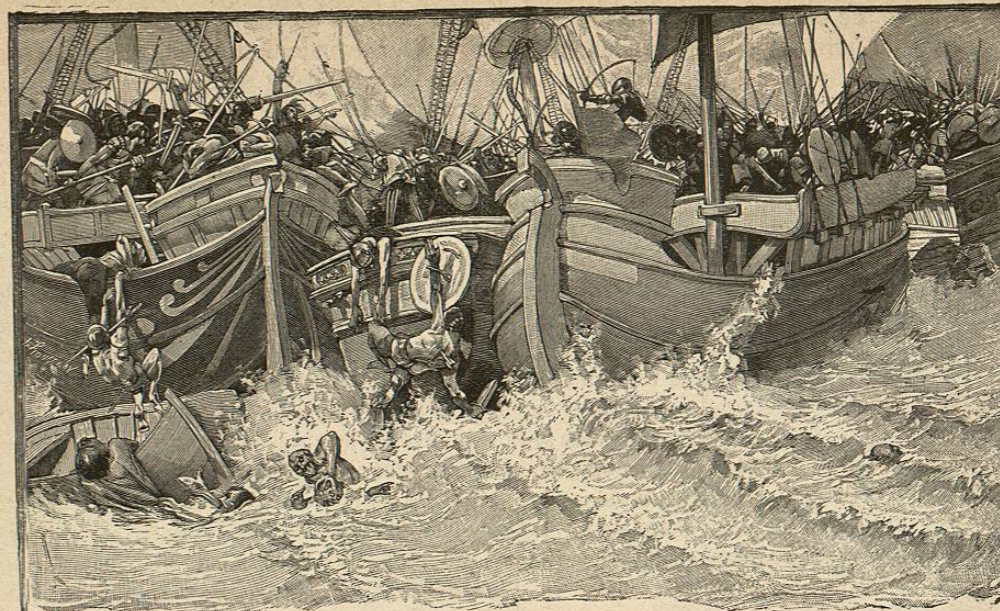
Las «artes menores» ó, como se dice, «industriales», se desarrollaron, durante la Edad media, á la par de las «artes mayores», en armonía con ellas y á su servicio. Esto contribuía grandemente á embellecer la vida, que la vulgaridad propiamente dicha ó la vulgaridad presuntuosa de los objetos usuales afean hoy día. Las historias especiales de la orfebrería, marfilería, esmalte, carpintería, ferretería, fabricación de libros, de telas y de armas, deben ser consultadas para imponerse de lo que se sabe hoy día acerca del estilo y procedimientos de los obreros contemporáneos á los últimos Capetos directos (1). Nada se sabe fuera de esto, porque las cuentas é inventarios del tiempo no dicen ordinariamente otra cosa que el hecho de existir tal cosa en tal época y su precio; en cuanto á los objetos en sí mismos, á excepción de los esmaltes de Limoges, sobre cobre, y de los libros manuscritos, enriquecidos de miniaturas, son extremadamente raros.

Multitud de textos establecen que la tapicería de labor lisa era floreciente en el siglo XIII, y que desde los comienzos del XIV los talleres de París y de Arras producían en grande; no se conoce, sin embargo, muestra alguna auténtica de tapicerías tan antiguas. Es cierto que los ebanistas fabricaron entonces, por millares, los muebles en madera (lechos, armarios, cofres, facistolos, etcétera), pintados, aherrados (es decir, decorados con aplicaciones de ferretería) y esculpidos, que eran maravillas de combinación, de corte, de trazado y de talla. ¿Qué queda de esto? Un armario muy sencillo, que había sido pintado, en la iglesia de Obazine (Corrèze); el armario de la catedral de Bayeux; un cofre ferreteado, procedente de la abadía de Saint-Denis, en el Museo Carnavalet; otro cofre en el museo de Cluni. Y ya no existen más maderas esculpidas del siglo XIII que las sillerías de Nuestra Señora de la Roche cerca de Chevreuse y de la catedral de Poitiers. Los «imagineros» del siglo XIII que trabajaban el marfil y los metales, así los vulgares como los preciosos, no eran menos expertos que sus cofrades, los tallistas en piedra y mármol; tenían la misma educación artística: algunas obras, salidas de sus manos, y conservadas, no por ser extraordinariamente bellas, sino por azar—como el famoso «Coronamiento de la Virgen» en marfil, que se conserva en el Louvre,—lo atestiguan á las claras. Pero del conjunto de su obra no quedan más que algunas muestras, esparcidas acá y allá, por los museos de Europa.

(1) E. Molinier, *Histoire générale des arts appliqués à l'industrie*. (Se está publicando.)



Moneda de Carlos IV



Batalla de la Esclusa (24 de junio de 1340)

LOS PRIMEROS VALOIS Y LA GUERRA DE CIEN AÑOS (1328-1422)

POR A. COVILLE, DE LA UNIVERSIDAD DE LYÓN

LIBRO PRIMERO

ADVENIMIENTO DE LOS VALOIS Y COMIENZO DE LA GUERRA DE CIEN AÑOS (1328-1350)

CAPÍTULO PRIMERO (1)

PRIMEROS AÑOS DE FELIPE VI

I. Advenimiento de los Valois. — II. Felipe VI en Flandes. III. El proceso de Roberto de Artois. — IV. Política lejana.

I.—Advenimiento de los Valois (2)

Carlos IV, el tercero y último hijo de Felipe el Hermoso, había muerto en 1.º de febrero de 1328. Habíase casado tres veces: su primera esposa, Blanca de Borgoña, «una de las mujeres más hermosas del mundo, no guardó al marido la debida fidelidad» y fué encerrada en el castillo Gaillard; la segunda, María de Luxemburgo, hija del emperador Enrique VII, «muy modesta y

muy devota,» tuvo un hijo que no vivió; la tercera, Juana de Evreux, no había tenido más que hijas, pero estaba encinta cuando murió Carlos IV; de suerte que, como al fallecimiento de Luis X (3), planteábase la cuestión de quién sería rey.

Si el hijo esperado era varón, bastaría designar un regente; mas si era hembra, ¿se seguiría el precedente sentado en 1316? A la muerte del hijo póstumo de Luis X, el hermano del difunto monarca, Felipe, había-se encargado de la regencia, proclamándose luego rey con el concurso de algunos príncipes y barones, con lo cual había quedado descartada del trono la hija de Luis X. Tal vez fué entonces cuando se declaró «que la hembra no sucede al trono de Francia;» pero ese precedente no constituía aún una ley del Estado. Del mismo modo en 1322, cuando murió Felipe V, Carlos IV había recogido sin discusión ni dificultad la sucesión de su hermano, con exclusión de las hijas de los dos últimos reyes. Era, pues, probable que en 1328 no sería mejor reconocido que en 1316 y en 1322 el derecho de las hembras á ceñir la corona de Francia.

(1) FUENTES.—*Recueil des Historiens de France*, XXI, 1855. *Continuations de la Chronique de Guillaume de Nangis*, edición Geraud, 1843. *Grandes Chroniques de Saint-Denis*, edición P. Paris, V, 1837. *Chronique parisienne*, en las «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris,» XI, 1884. Juan le Bel, *Les Vrayes Chroniques*, edición Polain, 1863. Juan Villani, *Istorie fiorentina*, edición Racheli, I, 1857. Rymer, *Fœdera... inter reges Angliæ et alios quosvis reges*, etc., II, segunda parte, edición de 1821.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Violet, *Histoire des institutions politiques de la France*, II, 1898 (en las notas de esta obra se encontrará la indicación de los principales textos y trabajos acerca

de la cuestión de la sucesión al trono). Viard, *La France sous Philippe de Valois*, «Revue des Questions historiques,» LIX, 1896. Longman, *The life and the times of Edward III*, I, 1869.

(3) Véase pág. 315.

Pero faltaba designar el heredero varón. Ahora bien; si las hembras se veían privadas del derecho de formular cualquiera pretensión personal, ¿no podían, por lo menos, transmitir á sus herederos varones un derecho que ellas no podían por sí mismas ejercitar, haciendo de este modo lo que en el siglo XVI se llamaba «el puente y la tabla?» En otros términos, los varones de la línea femenina ¿estaban tan capacitados como los de la línea masculina para heredar el trono?

Si se reconocían los derechos de los varones de la línea femenina, el heredero más próximo había de ser el rey de Inglaterra, Eduardo III, nieto de Felipe el Hermoso por su madre Isabel de Francia y sobrino de los tres últimos monarcas (1); por el contrario, si las hembras no podían transmitir un derecho de que no les era dado disfrutar, el trono correspondía á Felipe de Valois, hijo de Carlos de Valois, el cual era hermano de Felipe el Hermoso. Primo de los tres últimos reyes, era conde de Valois, de Anjou, del Maine, de Chartres y de Alençon.

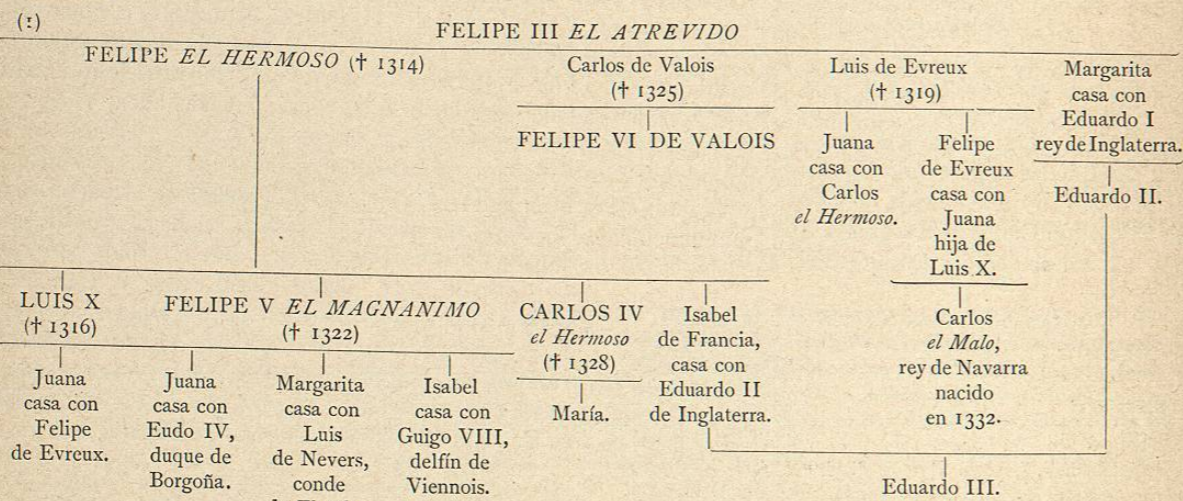
Era precisa una primera solución que debía prejuzgar el porvenir; en efecto, antes del parto de la reina necesitábase un regente. Para ello, inmediatamente después de la muerte de Carlos IV, reunióse en el palacio una gran asamblea, en la cual no se vió á ningún diputado de las ciudades, pues sólo figuraron en ella los pares y los barones, y en la que se había de tratar, como dijo Guy Coquille en el siglo XVI, «de la causa más noble que pudiera existir.» Según parece, las hijas de los reyes anteriores fueron descartadas sin vacilar, y muchos doctores en derecho civil y canónico reclamaron la regencia para Eduardo III, que había enviado allí su representación. Un sentimiento nacional vago, pero potente, oponíase al establecimiento de un rey inglés en Francia; así es que los barones declararon que «ni la hembra ni, por consiguiente, su hijo, podían por costumbre suceder en el reino de Francia.» En su consecuencia, Felipe de Valois fué proclamado regente.

El día 1.º de abril la viuda de Carlos VI daba á luz una niña; el regente fué reconocido rey por los barones, y dos meses después, en 29 de mayo, hacíase coronar en Reims, celebrándose con tal motivo durante cinco días grandes fiestas dignas de aquel príncipe que apor-

taba al trono las pomposas tradiciones de la caballería. Felipe VI, para indemnizar á Juana, condesa de Evreux, hija de Luis X, y en cumplimiento de antiguas promesas, cedióle el reino de Navarra que habían poseído los tres hijos de Felipe el Hermoso; pero se reservó la Champaña, que por las mismas vías que Navarra había ido á parar á la corona. En compensación de aquella provincia, fueron cedidos á Juana de Evreux, que se dió con ello por satisfecha, los condados de Angulema y de Mortain con algunas rentas cuantiosas, y cuando llegó á la mayor edad, en 1336, confirmó la cesión que en nombre de ella se había hecho.

No sin dificultad prestó Eduardo III á Felipe VI el homenaje que le debía por la Guiena y el Ponthieu. A principios de 1329 hubo de mandarle citar con este objeto por Pedro Roger de Beaufort, abad de Fécamp; mas en vista de que Eduardo no comparecía, Felipe reunió un consejo de barones, en el cual se decidió que las rentas de Guiena serían puestas á disposición del rey de Francia. Obtuvieronse también subsidios en el Langüedoc, y se convocó en armas á la nobleza del Mediodía, para el día de Pentecostés, en Bergerac. Cuatro embajadores marcharon á Inglaterra para hacer la última intimación á Eduardo III y darle á comprender que una nueva negativa sería castigada con la confiscación. Eduardo, intimidado por tales amenazas, recibió primero en Windsor y después en Winchester á los embajadores «muy honorablemente,» prometiendo, al fin, que próximamente iría á Francia para cumplir su deber feudal.

Convínose en que á primeros de junio de 1329 los dos monarcas se encontrarían en Amiéns, adonde llegó oportunamente el rey de Francia al frente de 3.000 caballos y acompañado de los reyes Felipe de Navarra y Juan de Bohemia (2) y de gran número de señores. La ciudad había hecho «grandes preparativos» para recibir á los dos soberanos, cuyas conferencias duraron quince días. Eduardo no quería prestar homenaje sino á condición de que el rey de Francia le devolviese ciertas tierras de Guiena que retenía en su poder (3), y Felipe se negaba á realizar de momento restitución alguna; en su consecuencia, el rey de Inglaterra no prestó homenaje más que por la parte de ducado que en realidad poseía.



(2) Respecto de Juan de Bohemia, de la casa de Luxemburgo, véase más adelante.
 (3) Véase pág. 328.

Lo más difícil fué determinar la calidad de aquel homenaje; Felipe exigía que fuese ligio, pero Eduardo sólo consintió en prestarlo «de boca y de palabra únicamente, sin poner sus manos entre las del rey de Francia,» y solicitó regresar á Inglaterra para examinar «los antiguos privilegios que debían aclarar dicho homenaje.» El rey de Francia concedió el plazo pedido, y después los príncipes «se divirtieron» muy amistosamente durante algunos días antes de separarse.

Eduardo III empleó mucho tiempo en definir sus deberes: una embajada que el rey de Francia le envió en el otoño de 1329 no obtuvo respuesta, siendo preciso continuar las negociaciones hasta que en 30 de marzo de 1331 algunas letras patentes con el gran sello de Inglaterra declararon que el homenaje prestado en Amiéns de boca debía ser considerado como ligio. Felipe VI envió aquellas letras á su chancillería y las hizo «poner en custodia con sus cosas más especiales, como precaución para el porvenir,» según dice Froissart. Pero aquella precaución para el porvenir no había de servir de nada, pues antes de poco el rey Eduardo negará su homenaje.

II.—Felipe VI en Flandes (1)

El conde de Flandes, Luis de Nevers, habíase apoyado, á su advenimiento en 1322, en el rey de Francia y en la aristocracia feudal ó urbana; la nobleza siempre temida de los *Leliaerts* había reconquistado su poderío en el campo y el patriciado en las ciudades (2). Así es que desde el mes de junio de 1323 había estallado en Brujas una revolución de carácter social y político á la vez, que se había propagado por toda la campiña á lo largo del mar del Norte. Los oficiales del conde, los recaudadores de impuestos, habían sido expulsados y las casas de los nobles destruidas. El pueblo, desde Brujas á Dunquerque, y especialmente los aldeanos manumitidos y propietarios de las Flandes occidental, habíanse organizado bajo el mando de capitanes por ellos elegidos, entre los cuales figuraban Jansone y Zannequín.

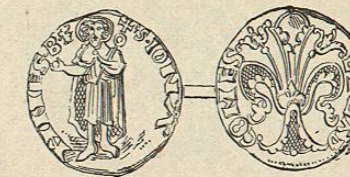
El conde, que no tenía ejército, no pudo contener el movimiento, y fué durante muchos meses prisionero de los ciudadanos; y cuando en 1328 fué á avistarse con el rey de Francia para prestarle homenaje, expúsole sus quejas contra los habitantes de Brujas, de Ipres y de Cassel, obteniendo de Felipe la promesa de una intervención. En Reims, durante las ceremonias de la consagración, reprodujo sus lamentaciones y pidió socorro inmediato al rey, quien allí mismo consultó con sus barones. Muchos de éstos opinaban que era preciso aplazar la expedición para el año siguiente, y se fundaban para ello en que, estando como estaban en junio, antes de que todo se hallara dispuesto llegaría la mala estación; pero el rey no quiso esperar y convocó á los hombres de armas en Arrás para el 22 de julio. De regreso en París, puso en orden todos los asuntos del reino, visitó las iglesias y los hospitales, repartió limosnas entre los pobres, fué á Saint-Denis para sacar las reli-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Pirenne, *Le soulèvement de la Flandre maritime de 1323-1328*, 1900 (en las notas de la Introducción se indican todos los textos útiles y todos los trabajos de erudición).

(2) Véase pág. 329.
 TOMO II

quias de San Dionisio y el cuerpo de San Luis de los cofres que los encerraban y colocarlos en el altar, recibió la oriflama de manos del abad y al día siguiente partió para Arrás.

El día 20 de agosto entró en Flandes, y casi toda la nobleza flamenca se puso bajo las banderas de las flores de lis. Los insurrectos, gentes de Furnes, de Dixmude, de Poperinghen, de Cassel, de toda la Flandes occidental, formando un total de quince mil hombres mandados por Zannequín, hallábanse apostados en el monte Cassel, única colina que se alza en la llanura de Flandes; los de Brujas habíanse quedado á defender su ciudad, amenazada por los ganteses; pues Gante, siempre celosa de Brujas, había abrazado la causa del conde. Al aproximarse el rey de Francia, Zannequín, siguiendo



Moneda de Luis de Crecy, conde de Flandes, antecesor de Luis de Nevers

los usos caballerescos, hizo pedir día para la batalla; pero á aquel villano que adoptaba aires de príncipe se le contestó que «eran gentes sin jefe» y que se defenderían como pudieran.

En la mañana del 23 de agosto, los dos mariscales de Francia y Roberto de Flandes, tío del conde, habían ido á talar los alrededores de Brujas; los flamencos, desde sus posiciones, veían cómo el incendio destruía sus casas y sus trojes, pero no se movieron, y cuando los mariscales regresaron al campamento, la jornada parecía concluída. En las avanzadas del campo francés no se colocaron centinelas, y los caballeros, desembarazados de sus armaduras, «iban de una en otra tienda para lucir sus hermosos trajes.» A las tres los flamencos bajaron silenciosamente, en filas apretadas, dispuestos «en tres batallas,» «ansiosos de batallar, cayendo como espesa lluvia y ostentando la cruz roja en sus banderolas y en su bandera.» Así llegaron hasta las tiendas, sembrando el pánico entre los infantes y acercándose á dos tiros de ballesta del sitio en donde estaba el rey. Entonces los mariscales y sus soldados, medio armados todavía, lanzáronse contra ellos, y poco á poco entró en combate toda la caballería. El rey, que al sonar el primer grito de alarma no tenía á su lado más que á dos monjes y á sus capellanes, vistióse apresuradamente una cota de mallas con las armas de Francia y un capacete de cuero, se hizo montar en su caballo y salió á pelear. «Entre ellos libróse maravillosa, áspera y agria batalla.» Los flamencos formáronse en círculo, apretados unos contra otros; pero al fin el círculo fué roto y un movimiento envolvente del conde de Hainaut completó su derrota. «Ni uno solo retrocedió hasta que todos quedaron muertos y formando tres montones, uno al lado del otro.» Cerca de doce mil comuneros perecieron de este modo: en cambio las pérdidas de los franceses fueron escasas. Aquella jornada fué una victoria caballeresca y feudal, pues las gentes de á pie de Felipe VI habían huído en dirección á Saint-